

Novela Popular Cinematográfica

Año III
Número 88

El Mochuelo



25 céntimos

Protagonista
William Russell



EL MOCHUELO

Argumento, en forma de novela, dialogada, de la película del mismo título. Producción de la importantísima casa «Fox» de la que es concesionario para España y Portugal, «Hispano Foxfilm S. A.» Valencia, 280.

PROTAGONISTA: WILLIAM RUSSELL

I

En cierta ciudad populosa, y a las dos de la madrugada, Tom Claucy, preeminente vecino de aquella metrópoli, se dirigía a su domicilio.

Dos atracadores que sabían se hallaba fuera de su casa, acechaban en los alrededores.

Un guardia se cruzó con el señor Claucy. Se saludaron. Los atracadores fruncieron el ceño, temerosos de no poder llevar a cabo su intento. Pero el

guardia se alejó, facilitándoles su plan. Sin tardanza, pues, corrieron hacia Tom Clauy. Lo alcanzaron junto a la misma puerta de su casa, donde, abalanzándose sobre él lo derribaron al suelo. Tom se defendió. Pero los atracadores llevaban las de ganar, pues que eran dos.

De pronto, un desconocido apareció sin saber por dónde y cuando ya el señor Clauy estaba tendido en la pequeña escalinata que daba entrada a su casa. El desconocido, en un instante, con rapidez asombrosa, arrojó al suelo, primero a uno, luego al otro, a los dos atracadores, pero no sin antes haberles dado algunos golpes decisivos, suficientes para que no pudieran moverse.

El guardia que se había cruzado con Tom Clauy, dándose cuenta, desde una esquina cercana, de la lucha, tocó el sùbito de alarma. Acudieron una multitud de guardias, entre ellos un oficial. El desconocido, al ver que los guardias llegaban, huyó.

El oficial mandó a sus subordinados que recogiesen a los atracadores, que estaban en el suelo sin poderse mover, y se dispuso a interrogar al señor Clauy. Este, antes de que le preguntaran nada, dijo:

—He tenido suerte... Si no acude a socorrerme mi buen amigo Bing Howard, me fastidian esos bribones.

—¿Y adónde se ha marchado su amigo?—preguntó el oficial.

—¿Pero, se ha marchado?

—Sí, se ha marchado. Claro. Usted ha visto visiones. Quien le ha salvado no puede ser amigo suyo.

Se trata nada menos que de *El Muchuelo*. Salí corriendo en cuanto se percató de que nos acercábamos. Pero, sin embargo, le he reconocido. No tardaremos mucho en ponerle la mano encima...

—Perdone, señor oficial, pero usted se equivoca. Le repito que fué mi amigo Howard quien me libró de que me robaran y acaso de que me mataran esos ladrones.

Todavía está usted mareado por efecto de los golpes que ha recibido y por eso confunde a *El Muchuelo* con un amigo suyo. Pero créalo, se equivoca. Nadie es capaz, en toda la ciudad, como no sea *El Muchuelo*, de hacer lo que usted ha presenciado; de vencer, con facilidad pútmosa, a dos hombres arriesgados, que se juegan la vida. Es una hazaña difícil, que sólo *El Muchuelo* puede realizar.

—Aunque esté mareado, le repito que quien lo ha hecho todo es mi amigo.

Bueno, bueno. Ya habrá tiempo de averiguarlo.

Un criado de Tom, japonés, que había acudido al ruido, recogió a su señor y lo entró en casa.

Los guardias se alejaron, llevándose presos a los dos atracadores.

Momentos después, mientras el criado preparaba una taza de té para su señor, el desconocido que había salvado a éste, entrando por el balcón, pero sin que el dueño de la casa se percatara de ello, se presentó, sonriendo.

—¿Te han hecho mucho mal?—preguntó.

—No, Bing. Tu intervención oportunitísima me ha salvado la vida.

—Veamos, parece que tienes una pequeña herida en la cabeza.

—Sí, en efecto, siento un dolor extraño encima de la frente.

Bing se dispuso a curar a su amigo.

—¿No me maltrates, Bing—rogó Tom—que yo no soy un ladrón como los otros, caramba!

En este momento, entró el criado japonés llevando el calmente. Y al ver allí a un hombre y al oír que su señor decía que no le maltratará, dejó la bandeja en una mesita y se lanzó sobre el desconocido. Este, aprestándose a la defensa, pronto tuvo al criado vencido a sus pies. Y el criado, enterado de su error, pidió mil perdones y salió.

Entonces, Tom Clancy dijo a su amigo:

—Oye, Bing, el oficial que acudió hace un momento en mi socorro, insistió en que tu eras *El Mochuelo*, ese timador al que se busca hace algún tiempo. ¿Eres tú ciertamente? Y si eres, ¿quieres explicarme a qué obedeces ese apodo?

—Sí, yo soy *El Mochuelo*. Así me llaman, creo que por la facilidad con que escapo de mis perseguidores.

—¿De verdad tú eres *El Mochuelo*? ¿De verdad, tú eres el hombre que trae revuelta a toda la policía de la ciudad?

—Sí, amigo mío.

—¿Quieres explicarme...

—¿Por qué no? Todo viene de cierto enredo que hubo en el Banco donde yo trabajaba. Te referiré con toda clase de detalles el hecho. El cajero, John Miller, me dijo un día:

—Los bonos al portador están ya listos y deben ser entregados hoy, señor Howard... Acabamos de comparar sus números con los de la lista que mandó el vendedor y todo está bien.

—Perfectamente respondí yo.—Voy a salir un momento. Cuando vuelva iré a entregar esos bonos.—Y salió.



Alguien, entretanto, se apoderó de algunos de aquellos bonos, y un momento después, cuando el cajero volvió a hacer el recuento para entregárnelos cuando yo volviese, advirtió la falta, exclamando:

—Aquí hay un error. Faltan tres lites de bonos.

—Yo ya había salido, diciendo al jefe de mi sección:

—Voy al Banco Oriental. No tardaré ni diez minutos.

—Iba, en efecto, a ese Banco.

—El cajero, todo aturdido, con uno de sus ayudantes, corrió al despacho del dueño del Banco, Roberto Chester, y le dijo:

—Señor Chester... se han perdido algunos bonos...

—¿Perdido? ¿Cómo es eso? ¿Dónde? ¡Explíquese usted!

—No tengo ninguna explicación, señor. Hace un momento, estaban todos. Al hacer el recuento, ya faltaban.

—Telefonaré ahora mismo a un detective para que haga una investigación.

—Y telefonó a la agencia de detectives Edwin, en donde el jefe de ella encargó al mejor detective de la agencia, llamado Rushton, la investigación del asunto. El encargo le fue hecho con estas palabras.

—Se trata de un nuevo robo de bonos al portador. A usted le será fácil descubrir al culpable, después del éxito que obtuvo en el caso Marsden.

—Trataré aquí al ladrón antes de veinticuatro horas—contestó Rushton.

—Y salió en seguida para el Banco.

—No le extrañe que esté enterado de todo. En los días que han transcurrido, he tenido ocasión de ir atando los hilos de la madeja. Y sé, palabra por palabra, todos los antecedentes del hecho. Hasta tengo la sospecha de quién fué el ladrón. Pero no tengo la seguridad. Además, aunque la tuviera, no le acusaría. Temo que se creyera que sólo lo hacía por librarme. Sospecho que el ladrón de los bonos fué el otro ayudante del cajero, que no estaba presente cuando este y su otro ayudante echaron de mie-

nos los bonos y que si estaba, junto a la caja, cuando el cajero me habló a mí de la operación que debía hacerse con los bonos. Esta sospecha la he adquirido firmemente después, cuando he recordado que, al volver yo al Banco y entrar en el despacho del dueño, vi allí al cajero y a uno de sus ayudantes, pero no al otro. Esto me extrañó entonces, solamente. Luego, la extrañeza se ha convertido en certidumbre de que él es el ladrón, pero no tengo pruebas, y aunque las tuviera, como te he dicho, por temor a un error, no le denunciaría. El ser yo víctima de una injusticia me hace dudar de si debería exponer a otro a que padeciera el tormento que yo estoy padeciendo.

Bueno. Quedamos en que el detective Rushton salió para el Banco. Antes de que él llegara, regresé yo, después de haber realizado la operación en el Banco Oriental. Hubo de ir a decir su resultado al dueño y entonces fué cuando encontré allí al cajero y a uno de sus ayudantes. Sorprendido, pregunté qué sucedía. El dueño me contestó:

—¡Tres lotes de bonos han desaparecido delante de nuestras narices! He mandado llamar a un buen detective. Es preciso que nadie se entere, para que su investigación dé resultados inmediatos.

II

—Antes de que yo saliera de mi sorpresa—dijo Bing después de una larga pausa, continuando su relato—oímos fuerte ruido a la otra parte de la

puerta del despacho. De repente, la puerta se abrió y entró el detective Rushton conduciendo a empujones al otro ayudante del cajero.

—¿Qué pronto ha encontrado al ladrón?—pensé yo entre mí.

—Pero pronto vi que no había tal cosa. El detective, sin cuidarse de saludar, sin descubrirse, cogió al otro ayudante y lo empezó a zarandear; y luego hizo lo propio con el cajero que, hombre tímido, temblaba de miedo...

—Mientras trataba a aquellos tres hombres de aquel modo, decía:

—¿Qué han hecho ustedes de los bonos?

—Luego he recordado—y de aquí el motivo de mis sospechas—que el ayudante que el detective había llevado hasta allí, estaba relativamente tranquilo. Era tal su tranquilidad, en momento en que no podía estarse en esa situación de ánimo, que no cabe duda, el ladrón era él.

—En cambio el cajero temblaba, prueba de su inocencia. Y precisamente con él era con el que más grosero se mostraba el detective.

—Yo, indignado de cuanto vela, me puse en pie y dije al detective:

—¿Qué le parecería a usted si condujésemos este asunto como caballeros?

—¿Como caballeros?

—Como caballeros, sí.

—Y, para empezar, le arrebaté de la cabeza su sombrero, que no se había quitado. Le hice descubrirse. Es decir, le di una lección de caballerosidad.

—El, entonces, colérico, me dijo:

—¿No olvide que estaba usted en la oficina del cajero cuando desaparecieron los valores!

—¿Se atreve a sospechar de mí?—exclamé dignamente. Y añadí:

—¡Rushton, retráctese ahora mismo de esas palabras!

—Me retractaré cuando tenga en mi poder al ladrón.

—Me acerqué a él dispuesto a abofetearle y le grité:

—¡Retráctese inmediatamente!

—Pero él, que estaba junto a la puerta, salió. Yo iba a seguirle. El dueño del Banco, gran amigo mío, me le impidió esmiéndome.

Rushton no perdió el tiempo aquel día y la noche que le sucedió y al día siguiente, por la noche, se presentó con un informe en el despacho del señor Chester. Entregó a éste el informe y unos bonos inútiles a medio quemar, y le dijo:

—¡No tiene escape posible! Entre los bonos robados, había un paquete que no podía negociarse... Bing Howard quemó ese paquete... y aquí están las pruebas, que he encontrado en su casa, donde he hecho un registro cuando él no estaba.

—De dónde sacó estos bonos medio quemados, no lo sé.

Fui llamado a presencia del señor Chester y del detective, que estaban solos, y éste me preguntó en cuanto entré en el despacho:

—¿Por qué salió usted de la oficina inmediatamente después de cometido el robo de los bonos?

—Sólo para endosar un cheque en el Banco de Oriente, que está en frente.

—¡Mentira! ¡Salió usted para esconder los bonos que había robado!

Di un salto para abalanzarme sobre mi acusador, pero comprendí que acaso esto me perjudicaría y me dominé con un esfuerzo de voluntad.



—El dijo con calma:

—Es inútil que lo niegue, Howard. Tenemos las pruebas.

—Y cogiendo los bonos malio quemados y mostrándome los, añadió:

—Si alguna otra vez tiene que quemar bonos, quémelos bien.

—Estaba tan sorprendido, que no acerté a decir nada.

El dueño del Banco, mi buen amigo, me dijo:

—Bing, si devuelves esos valores, con mucho gusto retiraré la acusación...

—¡Imposible! —gritó el detective. —Eso no puede ser. Aunque usted retirara la acusación, la justicia tiene que seguir su curso. Bing, aunque devuelva los valores, ha de salir de aquí detenido.

Y dió una palmada, a cuya señal dos detectives más aparecieron en el despacho, para detenerme.

Yo me acerqué al dueño del Banco y le dije:

—Señor Chester, ¿no ve usted que Rushton está mintiendo y que se trata de una infame calumnia, de una maldada emboscada para deshonrarme?

El señor Chester bajó la cabeza y no me contestó. Y añadí:

—Usted ha sido un padre para mí, y si no me cree, nadie me creerá...

—Continué en silencio y entonces los detectives se acercaron para detenerme. Rápido, me abalancé sobre Rushton y lo lancé al suelo, lejos de mí. Luego, a uno primero, y al otro después, hice lo propio con los otros dos detectives. Y, en seguida, salí corriendo del despacho, me puse en dos saltos en la calle, y subí a un taxi que pasaba por la puerta con marcha pausada. Dentro del taxi había una joven bellísima, que se asustó al verme entrar de aquel modo. Yo, al verla, exclamé:

—Usted perdóne, señorita... No me fijé en que el taxi estaba ocupado...

Ella, al comprobar que no llevaba yo ninguna

mala intención, se serenó un poco, pero no dijo nada.

—Perdone, repito—añadió yo.—Y si tiene la bondad, puede dejarme en la próxima esquina. Se lo agradeceré muchísimo.

—Para en la próxima esquina—ordenó la joven al chófer.

Bajé y desaparecí entre las sombras de la noche. Después, no sé ya cuántas veces, he logrado escapar de las accechanzas de Rushton y los suyos.

Eso es todo, amigo mío. Desde aquella noche no cesan de perseguirme, de día y de noche... Los bonos no parecen y Rushton no me deja en paz ni un solo instante... Pero yo también le estoy dando bastante trabajo...

—No lo entiendo—dijo Tom.—Chester te quiere como a un hijo, y, sin embargo, duda de ti.

—Así es. Verdad es que las pruebas parecen acusarme, aunque soy inocente. Ya puedes comprender que a ti no había de ocultarte mi culpabilidad si la hubiera.

—Será menester vez de poner claridad en ese asunto. No debes continuar en esa situación.

—La verdad, no veo el medio de salir de ella, como no sea que los bonos se encuentren... En cuanto a decir más sospechas del ayudante, ni una palabra...

—Descuida, no haré ningún uso de esa arma. Pero desde mañana me ocuparé de buscar una solución.

—Gracias, amigo mío, por lo que hagas.

—No tienes que agradecerme nada. Aunque fue-

ses culpable, mi deber es salvarte. Mucho más siendo inocente. ¡Te debo la vida!

Bing se puso en pie y apartando un poco la cortina del balcón miró a la calle. En seguida, dijo a su amigo:

—Ahí viene Rushton y los suyos.

—¿Sí? ¿Y qué hacemos?

—Recibeos. Yo me ocultaré de modo que no puedan encontrarme.

Bing, en efecto, desapareció tras la cortina del balcón y Tom llamó a su criado y le dijo:

—Si llaman y quieren entrar tres hombres, hazlos pasar. Pero sin cruzar una palabra con ellos. Es preciso que no sepan que ha estado aquí un amigo mío.

El criado salió y un momento después entró conduciendo a los tres detectives. Rushton, con su acostumbrada ineducación, dijo:

—Estamos enterados del suceso. Sabemos que le ha salvado *El Mochuelo* y tenemos fundadas sospechas de que se halla aquí con usted.

Tom, simulando que se hallaba muy trastornado por efecto de los golpes que había recibido, contestó:

—No me acuerdo de nada de lo que ha sucedido... Hasta la cabeza me da vueltas...

—Pues nosotros tenemos la seguridad de que *El Mochuelo* está aquí... y no saldremos sin él—añadió Rushton.

—No sé de qué me hablan—repuso Tom.

—Registra toda la casa—ordenó Rushton a sus subordinados.

Y cuando éstos salieron para obedecer, Rushton se dirigió al balcón en que Tom creía que estaba Bing. Tom, por lo tanto palideció, temiendo por la vida de su amigo. Pero, con gran sorpresa, vio que Bing ya no se hallaba allí.—¿Dónde se habrá escondido?—se preguntó a sí mismo.

Los otros dos detectives volvieron, diciendo que no hallaban ni rastro de El Mochuelo por ninguna parte.

—Tengo la seguridad—dijo Rushton a Tom, despidiéndose, — que el hombre a quien perseguimos está aquí. No olvide, señor Clancy, que encubrir a un bandido es delito grave.

Tom miró al detective como si no le comprendiera, y éste, con sus dos compañeros, salió. El criado japonés los acompañó hasta la puerta.

III

En el mismo momento que los detectives salían por la puerta, Bing volvía al lado de su amigo, entrando por el balcón.

—¿Dónde estabas?—le preguntó éste.

—Tenía la seguridad de que registrarían el balcón y me escondí debajo de él y encima de la cornisa de la puerta. No podían encontrarme, a no ser que hubieran dejado uno en la calle. Pero como entraron los tres...

—Ya veo que, como un mochuelo de verdad, encuentras en seguida un escondrijo.

—La necesidad, amigo mío, es madre de la inventiva.

—Bien. Quédate aquí esta noche y mañana yo iré a hablar con el jefe de Policía, que es muy amigo mío.

—Me quedaré porque tengo mucha necesidad de descansar y porque ya no hay temor, me parece, de que vuelvan.

A la mañana siguiente Rushton se apresuró a enterar a su jefe de sus correrías de la noche anterior, en las que una vez más había fracasado.

Precisamente el jefe, cuando Rushton llegó, estaba leyendo la noticia que publicaba un diario sobre el suceso de la noche anterior, noticia encabezada con los siguientes títulos: «El Mochuelo burla una vez más a la policía después de salvar a Tom Clancy de manos de unos ladrones». Así, cuando vio a su subordinado, le dijo:

—En el asunto de Howard, usted no ha hecho más que enredar las cosas...

—No es culpa mía. Es la primera vez que no he conseguido, rápidamente, mi propósito. Pero El Mochuelo caerá en mis manos, más pronto o más tarde.

—Lo dudo. Se ha burlado de usted ya infinitas de veces. Creo que lo mejor sería poner el caso en manos de «Lady Kate».

—¿De «Lady Kate»? Si sabe dónde encontrarla, dígaselo. ¿Es tan difícil hallarla como al propio Mochuelo?

—Ha dicho usted eso de un modo como si estuviera muy interesado por ella.

—Sí, en efecto, me interesa como caso de estudio.

A mí me parece que yo le intereso a ella de igual manera.

—¡Caramba! Eso que me dice es muy interesante.

No pudieron seguir el diálogo porque se presentó, en aquel momento, precisamente la propia «Laddy Kate», que era la más reciente adquisición de la agencia de detectives.

El jefe, al verla llegar, la saludó con grandes muestras de estimación y después le dijo:

—Señorita, el trabajo realizado por usted en esta casa desde que llegó, ha sido excepcionalmente inteligente. No extrañe, pues, que le confíe un asunto difícil...

—Procuraré cumplir mi misión en lo difícil como la he cumplido en lo fácil.

—Bien, bien. He aquí lo que ha de hacer: ¡apoderarse de *El Machuelo*!

Dicho esto, el jefe entregó a la joven un retrato. Ella, al ver la fotografía hizo un gesto de asombro. Era claro que aquella joven conocía a nuestro protagonista. El jefe, que no había advertido el gesto de su subordinada, después de entregar el retrato dijo:

—Le daré un valioso informe para que pueda empezar su trabajo. Tom Claney, amigo de *El Machuelo*, debe saber de él y del asunto por el que se le persigue, mucho más de lo que parece.

—¿Cree usted?...

—Sí, estoy seguro. Además *El Machuelo* tiene ideas románticas, de modo que no le será difícil apoderarse de él.

—Bueno. Ahora mismo salgo para empezar esta investigación.

Y, en efecto, salió.

A aquella misma hora, Tom, como había prometido a su amigo la noche anterior, llegaba al despacho del jefe de policía, el cual ya se hallaba allí tra-



bajando. Después de los obligados saludos, Tom dijo:

—Vengo a interesarme por mi amigo Bing Howard, que es inocente.

—Inocente? Desgraciadamente las pruebas que hay contra tu amigo son abrumadoras. Es un caso muy semejante al del joven Marsden... Y Marsden resultó condenado a diez años de prisión.

—Pero eso es absurdo. Bing es incapaz de haber hecho lo que se le imputa. Yo sé, con certeza, que es inocente. Condenarle sería una tremenda injusticia.

—Lo siento mucho, Tom, pero no puedo hacer nada por tu amigo. Aunque sea inocente, todas las circunstancias le acusan. ¿Por qué, si no, huye?

—Yo no estoy autorizado a decir por qué huye, pero lo repito, es inocente.

—¡Si él pudiera probarlo, cuando lo cojan! Entretanto, no podemos creer otra cosa que no sea su culpabilidad.

Amargado del poco resultado de su visita, Tom salió del despacho y se dirigió, cedido, a su casa, para decir a Bing lo sucedido. En el camino, se dio cuenta de que lo seguían. Así, en cuanto estuvo al lado de Howard, le dijo:

—Me han seguido toda la mañana y hay un detective vigilando la casa en estos momentos.

—No te preocupes, Tom. Tu eres mi mejor amigo, y no quiero comprometerte... Por lo tanto, no me quedará aquí ni un momento más.

—Pero si sales te cogerán.

—No saldré así como así, hombre. Mira, Tom, sal tú ahora mismo a la calle. El detective te seguirá... Entonces, yo aprovecharé la ocasión para escurrirme.

Tom comprendió que el plan de su amigo estaba bien y salió. Naturalmente, el detective partió detrás de él.

Poco después, Bing salía también, partiendo hacia la dirección contraria. Pero por aquel lado también estaba vigilada la casa, nada menos que por el peor enemigo de Bing, por Rushton. El cual viendo

llegar a «Lady Kates», que iba ya dispuesta a emprender su información, se acercó a ella y le dijo:

—Yo también abdo con los ojos muy abiertos, señorita.

—Pues hace usted mal en estar aquí. El jefe me ordenó que trabajara en este asunto sola.

Pensé que acaso necesitase usted de mí.

—Cuando lo necesite ya sabré dónde encontrarle.

—Bien, dispense, me voy.

—Sí, es lo mejor que puede hacer.

Rushton, de mal humor, se marchó. Y claro, para que la joven creyese estar sola, hubo de apartarse un buen espacio de ella. Esto hizo que Bing pudiera alejarse un tanto de la casa de Tom sin ser visto. De pronto, en su caminata, ya bastante tranquilo, tropezó con «Lady Kates», a la que reconoció y saludó, por tanto, con una profunda reverencia. «Lady Kates» no era otra que la joven que iba en el auto en que él se metió la noche que huyó del Banco. Después del saludo, dijo:

—Créame, señorita. Tengo un verdadero placer en verla nuevamente...

—¿Me ha reconocido?

—El agradecimiento, cuando se siente, no deja olvidar.

—Pero si no tiene importancia lo que yo hice por usted!

—Desde su punto de vista, acaso no. Desde el mío, sí.

En esto, dándose cuenta Bing de que desde una esquina cercana le acechaban, añadió:

—Lo siento mucho, pero no tengo más remedio que marcharme.

V volvió la cabeza de nuevo, para ver si reconocía a quien le acechaba. «Lady Kate» aprovechó este gesto para sacar un pequeño revólver y ponerlo junto al pulso de Bing. Así, cuando éste volvió la cabeza hacia ella, se vió encañonado y oyó que la joven le decía:

—Queda usted detenido.

A pesar de su asombro, Bing tuvo serenidad para arrebatár el revólver a la joven y salir corriendo.

Rushon, que era el que acechaba en la esquina más cercana, salió a escape detrás de Bing, disparando contra él su pistola. Una bala alcanzó a nuestro protagonista, pero, no obstante estar herido, logró desaparecer, nadie sabía por dónde.

A otros detectives que acudieron, Rushon les dijo:

—Estoy seguro de haberle herido. Vayamos a dar la noticia a los hospitales y clínicas. Sin duda acudirán a que le curen.

Bing, en efecto, entraba en aquel momento en una clínica particular. El doctor, después de observar la herida, le dijo:

—¿Cómo le ha ocurrido esto?

—Tuve una pelea con dos golfos que me asaltaron —repuso Bing con tranquilidad.

IV

Poco después, ya el doctor había realizado la cura necesaria. La herida no era de gravedad. Una vez que hubo vendado al herido, le dijo:

Suba usted al departamento de arriba a descansar un rato. Está usted muy débil todavía.

—Vamos donde usted ordene.

—Sígame.

Cojeando un poco, pues la bala había entrado en un muslo, aunque a flor de piel, Bing siguió al doctor, que le dejó en una habitación del último piso, en un blando lecho.

Rushon ya estaba en las oficinas de que era agente, donde dijo:

—Acabo de darle un balazo a *El Moschuslo*. He venido para que se telefonée a todos los hospitales y clínicas para que nos avisen inmediatamente si ha entrado algún herido, pues no cabe duda de que acudirá a alguna parte a curarse.

Un oficinista cogió el aparato y comenzó a telefonar lo que se le ordenaba. Pronto el teléfono llamó a la clínica en donde Bing estaba y el doctor que le había curado explicó:

—Ha ingresado un paciente con un balazo sospechoso. No está herido de gravedad.

Rushton, enterado del caso, ordenó al doctor.

— Dé un narcótico a ese herido ahora mismo. Inmediatamente vamos para identificarle.

En seguida dejó el aparato y exclamó:

— Apostaría cualquier cosa que es *El Moeburgo*. Ahora sí que no se nos escapa. Cuando lleguemos estará dormido y su captura no ofrecerá ni la menor dificultad.

Mientras Rushton decía esto, el doctor se presentaba ante Bing con el narcótico. Con su mejor sonrisa, el doctor dijo al herido:

— Beba este tónico, que le fortalecerá.

Bing cogió el vaso y, por el gesto del doctor, advino de lo que se trataba. Aprovechó pues un momento en que el médico volvió la cabeza, para lanzar el narcótico al suelo, por el otro lado de la cama, y luego hizo como que se desvanecía en un sopor extraño.

El doctor, seguro de que todo había ido como él se lo imaginara, salió de la estancia.

Y un momento después, cuando Rushton y otros detectives llegaron, les acompañó, triunfante, a la estancia en que suponía que el herido estaba.

Grande fué la sorpresa de todos cuando se percataron de que Bing había volado. El doctor, naturalmente, fué el más sorprendido de todos. No se explicaba cómo había podido suceder aquello. Un trozo de papel manuscrito que encontraron sobre la mesa les sacó de dudas. Decía:

— «Doctor: Lo siento mucho, pero no bebo. *El Moeburgo*.»

Rushton vio que la ventana que daba a la calle estaba abierta y no le cupo duda de que Bing había

huído por allí. Se usomó. No se veía nada. Echó mano de una linterna, para ver si aun el fugitivo no se había alejado mucho.

Bing estaba cerca, sobre un salidizo de la pared, casi sin poder moverse. Mas al ver que le buscaban con una linterna, seguro de que notarían su presen-



cia allí y de que acaso dispararan, con un esfuerzo de voluntad se dejó caer al suelo y comenzó a alejarse arrastrándose, pues que ya no podía andar.

Logró burlar una vez más a los detectives, pero no a «Lady Kate» que no se había alejado de aquellos alrededores en todo el día, segura de poder, de ese modo, apoderarse de Bing. La joven, acompañada, como siempre, de su chófer, un negro forzudo,

vió a Bing cuando se dejó caer y cuando se alejó arrastrándose. Le siguió. Bing, en la primera puerta que encontró, se incorporó con mil fatigas, empujó y desapareció tras ella, pues no estaba cerrada con llave. Acudieron los vecinos de la casa. Pero antes de que tuvieran tiempo de ayudar al herido, entraron «Lady Kate» y el negro. La joven dijo:

— ¡Dése usted preso!

Bing no tuvo ánimos ni para contestar. El negro lo cogió en brazos y lo transportó al auto de su ama, que esperaba afuera, por orden de ella. Luego, ésta dijo a los habitantes de la casa:

— No digan ustedes ni una palabra de esto a nadie, y así se aborran de tener que acudir al tribunal como testigos.

— Descuide, señorita, nada diremos.

La joven salió, montó en el auto, y éste partió veloz.

Bing, un poco repuesto ya, le dijo:

— Me alegro que sea usted la que me ha detenido y no Rushton...

— ¿Que importa quién haya sido?

— Sí que importa, señorita... porque él tiene la culpa de que me acusen de un delito que no he cometido.

— ¿El?

— Sí, él, y nada más que él. Por eso, el que él no haya sido quien me detenga, a pesar de las infamias que ha perpetrado para apoderarse de mí es, por lo menos, un consuelo...

Se vela que deseaba decir muchas cosas más, pero no pudo. Su herida y los golpes que se había dado

para huir habían agotado sus fuerzas y se desvaneció, dejando caer su cabeza sobre un hombro de la joven. Esta, ello fué claro, le dirigió una mirada de honda simpatía.

Hasta la mañana siguiente, Bing no recobró el conocimiento. Y al abrir los ojos, se encontró en una cárcel muy extraña. Estaba tendido en blando lecho, su herida había sido vendada nuevamente y todas sus magulladuras habían sido curadas. Además, el lecho estaba colocado en una lujosa habitación.

— ¿Dónde estaré? — se preguntó.

El chófer negro de «Lady Kate» entró en aquel momento.

— Sin duda — se dijo — estoy en la casa de esa joven que me detuvo.

Como para aumentar su confusión, el negro le dijo:

— Buenos días, señor *Machuelo*. ¿Quiere usted desayunarse?

— Bueno. Pero antes, ¿quieres tú decirme dónde estoy?

— Anoche se desmayó usted. Por eso la señorita le trajo aquí, a su propia casa.

— ¿Y dónde está la señorita?

— No sé. Está muy ocupada y no hace más que entrar y salir.

— Qué raro es todo esto...

— Muy natural, no raro. Pronto lo comprenderá usted todo.

Dicho esto, le trajo el desayuno. Apenas había comenzado a tomarlo, se presentó «Lady Kate» que le dijo:

—¿Cuándo podrá usted andar?

—Es posible que dentro de tres o cuatro días.

—Muy a tiempo entonces.

—¿Quiere usted explicarse?

—Imposible.

No insisto, pues. No sé por qué está usted haciendo todas estas cosas, pero de todos modos se las agradezco de todo corazón.

—Quizá no me los agradezca más tarde.

—Sí, se las agradeceré siempre, ocurra lo que ocurra.

—Ojalá que sea así.

—Será, no lo dude, señorita.

V

Cuatro días después, Bing podía ya andar. Pero no había querido decir nada a su protectora y perseguidora, esperando que ésta se lo preguntara.

Rushton, hablando con su jefe, le decía:

—Desde que herí a El Mochuelo, «Lady Kate» ha desaparecido. Todo lo que hace esa mujer me parece muy extraño.

—Ella hubiera cogido a ese hombre si usted no se entromete en el asunto. Estoy seguro de ello. Es mucho más lista que usted...

Demasiada confianza tiene usted puesta en esa mujer. Y si quiere que le diga la verdad, me parece tan misteriosa como el propio Mochuelo. Tanto es así, que creo debíamos vigilarla también...

—¿Qué disparate! Sin embargo, para que vea que le dejo en libertad de acción, puede usted empezar a vigilarla desde hoy mismo, si es que la encuentra...

No tuvo mucho que buscar Rushton, porque en aquel mismo momento, «Lady Kate» se presentó en la agencia, a informarse de unos detalles, según dijo.

Cuando salió, Rushton la siguió, de acuerdo con sus palabras con el jefe. La joven se dio cuenta de ello, al parecer con cierta complacencia. Y haciendo como que no se había dado cuenta de aquella vigilancia, se dirigió sin titubeos a su casa, en la que Bing estaba, cada vez más extrañado de lo que le ocurría, y sin encontrar ninguna explicación para los cuidados y las amabilidades que se le prodigaban.

Cuando «Lady Kate» entró en la habitación en que Bing estaba, segura de que Rushton la había seguido, quedándose en la puerta, y segura también de que no tardaría en entrar obligado por la curiosidad, Bing durmía. Le miró durante unos instantes con aquella honda simpatía con que ya le había mirado otra vez, cuando se desvaneció en el auto, y, a poco, oyendo los pasos de Rushton, que subía, tal como ella había imaginado, sacó ese instrumento policíaco de atar las manos y lo colocó suavemente en las de Bing, que por efecto de la frialdad del hierro se despertó.

Al propio momento de él despertarse, entró Rushton, que viendo preso ya a Bing exclamó con una sonrisa victoriosa:

—Me parece que esta vez le engañamos como a un chiquillo.

«Lady Kate» sentía un gran desprecio por Rushton,

el cual se acrecentó al oír aquellas palabras y se hizo visible en una mirada despectiva que ella dirigió al detective. Pero de aquella mirada no se dieron cuenta ni Rushton ni Bing, el cual dijo con amargura:

—¿De modo que usted me salvó para hacerme tomar parte en esta indigna comedia?

—Era mi deber—repuso la joven volviendo la cabeza.

Y añadió dirigiéndose al detective:

—Debo conducir a este hombre ante el jefe de policía. ¿Me ayuda usted a llevarlo, señor Rushton?

—Con mucho gusto.

—Gracias—gritó Bing.—Ya estoy harto de ayudas ajenas. Iré yo solo.

—Imposible. Debemos acompañarle nosotros.

Salió, pues, Bing y detrás Rushton. «Lady Kate» se quedó un poco atrás y dijo a su criado:

—Prepara cena para dos.

Luego salió siguiendo a los dos hombres y los tres montaron en el auto de ella, preparado al efecto, el cual partió hacia la jefatura de policía.

Cuando llegaron, el jefe tenía ya en su despacho, reunidos, además de gran número de subalternos, un grupo heterogéneo de personas, entre las que se contaban Tom, el amigo de Bing, y Chester, el dueño del Banco en que Bing trabajaba.

El más sorprendido de ver allí a aquellas gentes, fué Rushton. Bing, también se extrañó, pero, reflexionando, le pareció todo natural.

En cuanto «Lady Kate» entró, se cerraron todas las puertas del despacho. Y el jefe de policía, dijo a la joven:

—Permítame usted que la felicite, señorita Marsden.

Al oír este nombre, Rushton palideció y miró entorno suyo, como disponiéndose para marchar. Pero pronto se dio cuenta de que todo estaba cerrado y de que no era fácil salir. Simuló, por tanto, hallarse tranquilo.



El jefe de policía, mirándole a él especialmente, habló de nuevo diciendo:

—Explicaré todo el alcance de esta felicitación. La señorita Marsden estaba en Europa cuando su hermano fué condenado por un delito cuyas pruebas eran muy semejantes a las que se han empleado contra el joven Howard...

Rushton palideció más intensamente.

El jefe de policía añadió:

—Decidida a demostrar la inocencia de su hermano, la joven volvió al país y, bajo el nombre de «Lady Kate», entró, como detective, al servicio de la agencia de Elwien... Sus investigaciones la convencieron de que los robos habían sido cometidos por la misma banda.

—Ayer—continuó diciendo el jefe,—dirigidos por ella policías que yo puse a su servicio, fueron presos todos los malhechores de esa banda. Además, esta señorita ha logrado comprobar que el jefe de ellos era nada menos que el detective Rushton, aquí presente.

Los guardias se abalanzaron sobre Rushton y le amarraron, antes de que éste pudiera hacer el menor movimiento.

Otros guardias abrieron una de las puertas que daban al despacho e hicieron entrar por ella a los individuos que componían la banda, entre los que estaba aquel ayudante del cajero del que siempre había sospechado Bing.

Bing los miró a todos sin decir nada.

«Lady Kate» se acercó a él y le quitó de las manos el instrumento que poco antes, mientras dormía, le había puesto.

—Señorita Marsden—le dijo él conmovido,—espero que el fin de este caso no sea también el fin de nuestras relaciones.

Ella volvió la cabeza y se alejó un poco, turbada. El iba a seguirla, pero se lo impidió su amigo Tom que se acercó para felicitarle abrazándole.

Luego, avergonzando, se le acercó Chester, el dueño del Banco que, con la cabeza inclinada hacia el suelo, le dijo, en tono de ruego:

—Bing... No sé cómo decirsele... ¿Me perdonará usted algún día?

Bing titubeó un poco, pero como era la franqueza y la bondad personificadas, estrechó la mano de su principal exclamando:

—No tengo nada que perdonarle.

—Gracias. Eres el mejor de los hombres y yo seré quien no me perdonaré nunca el haber dudado de ti.

El jefe de policía dijo a la señorita Marsden:

—Hoy mismo será puesto en libertad su hermano.

—Ya era hora. Cada día de cárcel que él ha sufrido es una injusticia tremenda.

—Tiene usted razón. Pero todo le acusaba.

—Lo mismo que a mí—dijo Bing.—Ello es claro. Nos acusaba el propio autor del delito. Nos perseguía quien debía ser perseguido.

Verdaderamente, es un caso extraño. Nadie podía sospechar de Rushton. De no ser por la inteligencia de esta señorita, nunca se hubiera sabido la verdad.

—Naturalmente—dijo Bing a la joven,—usted lo hizo todo esto por salvar a su hermano, pero, de rechazo me ha salvado a mí, que difícilmente me habría salvado de otro modo, pues que todo parecía estar en mi contra. Le estoy pues, profundamente agradecido...

—Y yo, Howard—repuso ella,—le estoy agradeciendo a usted, pues de no haber obrado usted como ha obrado en este caso, tan semejante al de mi hermano, excepto en lo de no dejarse coger, que es lo que ha facilitado mis averiguaciones, yo no habría podido probar la inocencia de mi hermano.

El jefe de policía, Tom y Chester comenzaron a comentar el suceso. Bing aprovechó aquella circunstancia para acercarse a la joven e insistir en que esperaba que se vieran, en lo sucesivo, con frecuencia.

Cualquiera hubiera podido advertir que el interés primerizo hablase trocado en simpatía franca y que ésta empezaba a invadir los dominios del amor.

Las miradas de ambos, mientras charlaban, eran harto elocuentes en este sentido. Al fin, ella dijo:

—La cena estará lista a las siete...

Y salió del despacho con un puro rubor en todo su rostro.

Mucho antes de las siete, Bing estaba ya en la casa de su amada, en donde tan bien se le había atendido. Y como el criado saliera hacia la cocina para preparar la cena, Bing, abrazando a la joven, le dijo con palabra encendida:

—¡Te amo!

Ella se dejó abrazar y repuso con franqueza:

—Yo te amé desde la primera noche que te vi. Al entrar en mi auto, el amor venía contigo.

—¡Mi vida!—dijo él con palabra atribulada.

—¡Mi amor!—repuso ella, temblando.

Sus labios se buscaron y se oyó el ruido de un beso largo, amoroso, apasionado.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—ptas.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'— "
Patrons Favoris Blouses	"	5'— "
Patrons Favoris Enfants	"	3'— "
Patrons Favoris Lingerie	"	5'— "
Patrons Favoris Gentlemen	"	5'— "
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Tailleur	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encominar, figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. Descuentos convencionales a los señores correspondientes y librerías.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barbacá, 15. Apartado 925 — Barcelona**